

Estimados lectores, mi nombre es Mariana, quizás me conozcan por la historia N° V del compendio de historias escrito por mi padre, Marcelo Barberis preso político detenido desde el año 2009 en el Penal de Marcos Paz, llamadas el Sendero hacia la Muerte – Historias Reales.

Hoy, inspirada en las historias de mi padre, quiero compartirles una de las tantas “experiencias” que vivimos los familiares de presos políticos, y quiero recalcar presos políticos amigos, por que quiero que entiendan que ni ellos, ni nosotros entramos en la categoría de delincuentes, aunque hemos sido tratados como tales.

La historia de hoy la he llamado, el cumpleaños de papá:

Era un 17 de Marzo de 2012, el día del cumpleaños de papá, desde el día anterior había empezado con los preparativos en casa, la torta comprada en la confitería con su ticket de compra para que me permitan entrarla, unos simples de jamón y queso y unas masitas secas, sin relleno, que como excepción por ser su cumpleaños me permitirían entrar en el Penal. También su agua tónica favorita, una 7 up y un agua mineral para mí, ya que estaba cursando mi 5° mes de embarazo y a veces las gaseosas me provocaban nauseas, a demás llevaba unos quesitos saborizados, papitas, platos y vasos de plástico nuevos, comprados para la ocasión, un mantel verde con florcitas nuevo también, servilletas de papel y unas fotos mías con panza como regalo de cumpleaños para mi papá. Al enumerar las cosas, no pretendo aburrirlos, sino que, piensen en todo lo que llevaba, y como dije antes, cursaba mi 5° mes de embarazo.

A las 8 de la mañana salimos de casa con mi marido, para emprender el viaje de mas de 1 hora hasta el penal, por supuesto, el pobre de mi marido cargaba con todo, yo solo llevaba las medialunas de la panadería favorita de papá, que habíamos comprado en el camino.

Estaba ansiosa, quería pasar un rato especial con él por ser su cumpleaños, quería contarle las novedades de la ultima ecografía, y las cositas que ya había empezado a comprar, solo deseaba que la requisa fuera “leve” y no destruyeran la torta a cuchillazos para ver si había escondido “algo” debajo de la crema...

Al llegar a la puerta del Penal, vimos que estaba lleno de gente, serían las 10 de la mañana, me acerque, y me puse a hacer la fila, con los pases, documentos y partida en mano. Mi marido esperaba a unos metros, con las bolsas, sin sacarme la vista de encima.

Luego de casi 40 minutos llegó mi turno, al decirle a la persona que atendía que venía por cumpleaños, sin darme explicaciones, me dio mi ticket de ingreso y me devolvió el pase de mi marido y me dijo, “este no pasa”, pregunte por que y me contestó, “solo familiares directos” le dije pero es mi marido, y antes podía entrar, me dijo “son las nuevas normas, hable con el encargado” está bien, gracias dije...

Fui hasta mi marido y le dije, “dicen que cambiaron las normas, no podes entrar, dicen que hable con el encargado”.

Pensando que palabras decir, que no sonaran mal, que no ofendieran, que no fueran motivo de sanción injusta para prohibirme la entrada a mi también, nos acercamos a la entrada y pedimos por el encargado.

Una hora y media después apareció el encargado, un hombre joven, alto y con cara de pocos amigos, ya lo conocíamos, y no era muy amable en sus formas.

Le explique lo que me habían dicho, a lo que dijo... “son las nuevas normas, solo familiares directos, no pasa...” está bien dije, ya sin ganas de discutir y tragándome las lágrimas... Mi marido lo miró y le preguntó... “¿puedo acompañarla unos metros? por las bolsas, están muy pesadas para que las entre ella sola... a lo que el guardia contestó... “Que cargue lo que pueda, si es que quiere entrar, usted no pasa”.

Con una mezcla de bronca, impotencia y dolor, me tragué las lágrimas, agarré lo que pude, y entré. No quería que mi marido se quedara preocupado, así que mientras caminaba, me di vuelta y le hice una sonrisa, como diciendo “está todo bien”, aunque él sabía que solo era para tranquilizarlo.

No recuerdo como fue el ingreso ese día, solo sé que recé y recé, y le pedí a Dios que tanta hostilidad e inhumanidad no le hicieran daño a mi bebé, le pedí por que mi hijo no naciera en un mundo tan injusto y no tuviera que vivir tantas injusticias, le pedí que me diera fuerzas para no llorar, le pedí por que mi papá no se diera cuenta...

Y así llegué, caminando despacio los 300 metros hasta la entrada, me ayudó una señora, que por su edad, debe haber hecho tanto esfuerzo como yo.

Preparé la mesa, puse los paquetes, me senté a mirar las fotos y a esperar a mi papá. Al llegar se sorprendió verme sola, pero luego de un fuerte y prolongado abrazo, ambos hicimos como que no pasaba nada... y pasamos las 2 horas de la visita hablando de mi niñez y recuerdos de la suya.

Hoy, 5 años después, debo explicarle a mi hijo que este mundo aún es tanto o más injusto que aquel que lo esperaba nacer.

Hoy su abuelo enfermo, diabético, hipertenso, con 2 stens y 3 by pass en su corazón, lucha junto a muchos otros abuelos, luchan por que se haga justicia, luchan por poder transitar su vejez dignamente junto a su familia, o lo que queda de ellas, con la atención y cuidados que cualquier ser humano merece; hoy su abuelo se traga sus lágrimas al verlo llegar corriendo, y lo espera ansioso con una manzana roja en sus manos, para cortarla en tiritas y darle de comer a las ovejas a través de los agujeritos del alambrado del parque del sector de visitas.

Para mi hijo es una gran evento ir a ver a su abuelo, cada visita la vive con ansias y alegría, aunque tenga que esperar para sacar el ticket, aunque tenga que sacarse las zapatillas y levantarse el buzo para que vean que no lleva nada “escondido”, aunque tenga que esperar para tomar el colectivo azul, como dice él...

No nos van a quitar la perseverancia, la tenacidad, la esperanza y el valor para reclamar por lo que es justo, lo que nos corresponde, es nuestro derecho y el de nuestros viejos, en el buen sentido de la palabra, velar por que sean tratados como humanos, que reciban atención, medicación y cuidados adecuados para cada enfermedad y padecimiento propio de la vejez.

Sí, mi hijo vive en un mundo injusto, pero va a crecer sabiendo que sus padres y su abuelo, tanto como muchos otros hijos, padres y abuelos, nunca dejaron de pelear por que cada día lo fuera un poco menos.